



Límites y márgenes en las ciencias sociales

Alfonso Torres Carrillo*

RESUMEN

El presente artículo pretende evidenciar el proceso de crisis y reestructuración atravesado por las ciencias sociales, como respuesta a los presupuestos epistemológicos planteados durante el siglo xix. En este sentido, el autor desarrolla las siguientes objeciones al respecto: el cuestionamiento del principio universalista; la aceptación de la presencia del sujeto y la subjetividad en las ciencias sociales; la clara arbitrariedad de las fronteras entre disciplinas sociales, donde propone la interdisciplinariedad y el reconocimiento de campos híbridos entre éstas, así como la superación de los límites entre ciencias humanas y naturales; el reconocimiento de que el saber de la realidad socio-histórica no es patrimonio exclusivo de las ciencias sociales, y el cuestionamiento del carácter hegemónico del conocimiento occidental, modernizante y colonialista.

Palabras clave: interdisciplinariedad, ciencias sociales, sujeto, subjetividad y racionalidad.

SUMMARY

The article intends to make evident the crisis and restructuration Social Sciences are passing through in response to the epistemological presupposes built since the 19th century. In this sense, the author places the following objections: he questions the universalist principle; objects the acceptance of the subject and the subjectivity in Social Sciences; points out the evident arbitrariness in the definition of boundaries dividing social disciplines and he does so by proposing interdisciplinarity and the acknowledgement of hybrid fields existing between those disciplines and surpassing limits between social sciences and natural sciences; opposing the idea of knowledge on socio historical reality being only heritage from social sciences; finally he questions the hegemony of a western, modernizing, colonial knowledge.

Key words: Interdisciplinarity, Social Sciences, Subject, Subjectivity and Rationality

* Doctor en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la universidad Pedagógica Nacional de Colombia.

La reestructuración de los estudios sociales

Es un hecho ya aceptado que desde hace unas décadas las ciencias sociales atraviesan por un proceso de crisis y reestructuración. Esta redefinición se evidencia en la creciente sospecha frente a los presupuestos epistemológicos, organizacionales y políticos que las configuraron en el siglo XIX, así como la aceptación de que el conocimiento social no es exclusivo de las ciencias sociales. Constatación ésta que podría apoyarse en cuatro objeciones.

El primer cuestionamiento son los supuestos positivistas de *universalidad, objetividad, determinismo, reduccionismo y monismo metodológico*. En efecto, hoy se tiende a reconocer que las ciencias sociales siempre están “localizadas”, y que tras el principio del universalismo se ocultaba el eurocentrismo; que el sujeto y la subjetividad están presentes en todos sus procesos, y que es una falacia separarlos; así mismo, que la indeterminación coexiste con el orden y que por ello requiere sustituir modelos simplificadores por abordajes complejos. Finalmente, es evidente que en las prácticas investigativas realmente existentes, no se da una única manera de entender el “método científico”.

Más que una forma de conocimiento “verdadero”, desde la historia y la sociología del conocimiento las ciencias son vistas como sistemas culturales, sostenidas por comunidades interpretativas; legitimadas éstas por paradigmas, instituciones y prácticas compartidas. Como lo plantea Gayatri Spivak, “todo saber científico se encuentra, ya de antemano, codificado al interior de un tejido de signos que regulan la producción del sentido, así como la creación de objetos y sujetos de conocimiento. Es, entonces, desde cierta política de la interpretación (materializada en editoriales, universidades, centros de investigación, instancias gubernamentales, etc.) que se producen los efectos de verdad de una teoría” (Castro, 1998: 172).

En segundo lugar, se cuestionó la arbitrariedad de las fronteras disciplinares dentro de las ciencias sociales, y entre éstas y las Humanidades (Wallerstein, 1996, 1998 y 2001). La fragmentación disciplinar, que se afianzó durante la primera mitad del siglo XX, empezó a ser cuestionada desde la posguerra, a partir de 4 dinámicas, no necesariamente confluyentes.

La primera dinámica consistió en la creación de programas académicos y centros de investigación en torno a regiones geográficas y a temáticas estratégicas. Nació en los países metropolitanos al recoger los retos y demandas de la política internacional, del desarrollo económico y la planificación, y de problemas como la urbanización y el crecimiento demográfico. Dicha dinámica dio lugar a la aparición de los estudios latinoamericanos, de los de Europa del este, y de los estudios urbanos y del desarrollo; lo cual posibilitó, por cierto la confluencia de especialistas en diferentes disciplinas alrededor de proyectos comunes, como expresión de una puesta en práctica de la interdisciplinariedad.

La segunda dinámica tomó impulso debido a que la súper-especialización al interior de las disciplinas dio lugar, paradójicamente, a campos híbridos entre estas últimas; es decir, a que “cada fragmento de disciplina (*entrara*) en contacto con otros fragmentos de otras disciplinas, perdiendo así el contacto con otras regiones de su disciplina de origen” (Dogan y Pahre, 1993: 81). Ello permitió lecturas más potentes de campos de la realidad social como las migraciones, la ciudad o las identidades sociales, inabordables en su complejidad desde cada ciencia en particular.

La tercera dinámica fue producto del cuestionamiento de la idea acerca de la diferenciación radical entre las lógicas de las ciencias de la naturaleza y las ciencias de la sociedad. Hasta 1945 las ciencias sociales estaban tensionadas por dos modelos: el de las ciencias naturales (nomotéticas) y el de las humanidades (ideográficas), a tal punto que a cada disciplina se le pedía asu-

mirse dentro de uno u otro ideal (Wallerstein, 1996: 74). En la medida en que las propias ciencias naturales han incorporado los principios de indeterminación, incertidumbre, relativismo y complementariedad metodológica, y en que la literatura y las artes incorporan teoría y criterios metodológicos sistemáticos, a la vez que se les reconoce su potencia para describir la vida social en su riqueza, las fronteras entre ciencias naturales, sociales y humanidades, se erosionan. Los llamados Estudios Culturales contribuyeron a cuestionar los límites entre ciencias sociales y humanidades; algunas prácticas de producción de conocimiento como los estudios de género, los estudios subalternos y poscoloniales se reclaman adisciplinados.

La cuarta dinámica partió de la evidencia de que los campos más activos dentro de la investigación social, tienden a liberarse de las ataduras disciplinares (Dogan y Parhe, 1993). La investigación social de punta se organiza en torno a problemas, cuyo abordaje exige articular y recrear conceptos, metodologías y técnicas de diversa procedencia (transdisciplinaridad). Los investigadores sociales más imaginativos incorporan en sus estudios, saberes no disciplinares (literatura, cine y sabidurías ancestrales) y las voces de la gente corriente.

El tercer cuestionamiento se refiere a la imparcialidad y a la neutralidad de la actividad científica. Por un lado, la tradición teórica crítica alemana (Adorno, Habermas) develó los estrechos vínculos de las ciencias sociales con los poderes dominantes y su ineludible subordinación a intereses extracognitivos. Por otro lado, se les exige a las ciencias sociales un compromiso ético con la resolución de las problemáticas sociales actuales (Gibbons y otros, 1997); a saber: construcción de democracia, justicia social, reordenamiento territorial, multiculturalismo e interculturalidad, entre otros.

El cuarto cuestionamiento tiene que ver con los límites de las ciencias sociales para dar cuenta de los múltiples sentidos de lo social. En estas

ciencias, tal como sucedió con las ciencias naturales desde el siglo xvii, los científicos sociales se abrogaron el monopolio de la producción de conocimiento verdadero sobre lo social. Las demás prácticas culturales, que venían dando cuenta de aspectos y dimensiones sociales, como la propia filosofía, el ensayo, la sabiduría popular y la literatura, fueron descalificadas por especulativas, mágicas o ficticias. De este modo, se erigió una distinción radical entre conocimiento científico (que equivaldría a la verdad) y saber “común” o “vulgar” (que se asumiría como falso, superficial, alienado, ideologizado, etc.).

En la actualidad, se reconoce que el conocimiento de lo social no es patrimonio exclusivo de las disciplinas sociales. Por un lado, como lo señala Wallerstein, “después de todo, ser histórico no es propiedad de los historiadores, es una obligación de todos los científicos sociales. Ser sociológico no es propiedad exclusiva de ciertas personas llamados sociólogos, sino una obligación de todos los científicos sociales... En suma, no creemos que existan monopolios de la sabiduría ni zonas de conocimiento reservadas a las personas con determinados títulos profesionales (Wallerstein, 1996)”.

Por otro, el saber sobre la realidad socio-histórica no es patrimonio exclusivo de las disciplinas sociales; forma parte de otras prácticas culturales como la literatura, el cine, el teatro, las artes plásticas, los medios masivos de comunicación y las culturas populares. Las ciencias sociales, por el hecho de tener el mundo social por objeto y de pretender una representación veraz del mismo, debe competir con otros campos de producción simbólica y en general con todos los agentes sociales que buscan imponer su visión del pasado y la memoria social.

En América Latina, este proceso de reestructuración de las ciencias sociales ha asumido rasgos particulares, dados su origen relativamente reciente, su subordinación a los países centrales, su singularidad histórica y los intentos de producir ciencia y pensamiento “propios” desde el

reconocimiento de su singularidad histórica. En efecto, su incorporación desde la segunda mitad del siglo xx estuvo directamente asociada al proyecto de modernización desarrollista. Desde la década de los sesenta, investigadores como Camilo Torres Restrepo y Orlando Fals Borda en Colombia, y Rodolfo Stavenhagen y Pablo González en México, criticaron su colonialismo intelectual, a la vez que sentaron las bases para investigar y pensar América Latina desde opciones de transformación social y desde su propia especificidad, sin perder el diálogo con otros procesos mundiales.

Las grandes contribuciones latinoamericanas al pensamiento contemporáneo y a la investigación social (teoría de la dependencia, educación popular, filosofía y teología de la liberación, investigación participativa, el pensamiento epistémico, los estudios sobre culturas populares y comunicación) no se generaron desde las prácticas académicas más fieles y exegéticas de las corrientes teóricas y metodológicas canónicas provenientes de los países centrales. Han surgido desde la necesidad sentida de comprender problemáticas propias del continente, por parte de intelectuales e investigadores comprometidos con prácticas y opciones políticas progresistas, que han reivindicado la tradición de pensamiento latinoamericano, a la vez que la apropiación crítica e imaginativa del legado intelectual occidental.

Hoy, la confluencia entre esta tradición de pensamiento social crítico latinoamericano y las tendencias alternativas provenientes de otros contextos, como es el caso de los *estudios subalternos y postcoloniales* gestados en la India y el Medio Oriente, están dando lugar a lo que algunos (Walsh) denominan el campo de los Estudios Culturales Latinoamericanos. Desde esta perspectiva, en construcción y debate, se cuestiona el carácter hegemónico de las geopolíticas del conocimiento; por occidentalistas, modernizantes y colonialistas. Y se valora la posibilidad de producir saber sobre lo social desde otras prácticas intelectuales, tales como los movimientos sociales y las luchas culturales y étnicas.

Investigar al margen de las ciencias sociales

Por otra parte, en América Latina ha sido, desde otros espacios y prácticas distintas a las ciencias sociales de orden convencional, desde donde se han hecho los aportes más originales en la generación de conocimiento y en la innovación metodológica de la investigación social. En efecto, desde la década de lo setenta del siglo pasado, buena parte de las investigaciones más significativas sobre problemáticas sociales, políticas y culturales de la región, no se generaron en los consolidados medios académicos, sino desde organizaciones civiles (ONG) de apoyo y acompañamiento a movimientos sociales y organizaciones de base, así como desde prácticas culturales alternativas como la educación popular, la teología de la liberación y la comunicación alternativa. Desde el interés por recuperar la memoria colectiva, comprender prácticas, contextos y actores sociales o develar ideologías y prácticas dominantes, han surgido propuestas como la Investigación Temática, la Investigación Acción Participativa —IAP— y la Sistematización de Experiencias.

El caso del colombiano Orlando Fals Borda es paradigmático. Formado en Estados Unidos como sociólogo y fundador de la primera Facultad de Sociología en América Latina, no le dio forma a su metodología de la Investigación Acción Participativa precisamente desde el medio académico universitario sino desde una organización civil vinculada con las luchas y organizaciones campesinas. En palabras del propio Fals (2007): “Sentíamos que las experiencias universitarias ya no nos satisfacían; las considerábamos repetitivas, frustrantes y “copietas” de modelos europeizantes. Por esa razón no regresé a ella en dieciocho años y decidí estar con los campesinos; allí mi experiencia fue la de racionalizar cómo hacer más eficaces las luchas campesinas para recuperar sus tierras (...)”.

Así mismo, dicha propuesta tampoco fue inicialmente acogida por el mundo académico (que más bien la cuestionó desde sus presupuestos positivistas y su institucionalidad), sino por

actores comprometidos con proyectos y acciones sociales. La afirmación anterior no debe entenderse como una negación categórica a que puedan realizarse proyectos y acciones investigativas alternativos en ámbitos universitarios. Existen en algunos centros de educación superior, notables (aunque escasas) experiencias e iniciativas que buscan articular producción de conocimiento y proyección social con poblaciones populares y movimientos sociales. Es el caso de la Universidad de Pernambuco, la cual desarrolla investigaciones conjuntas con organizaciones y movimientos sociales, como el Movimiento de los Sin Tierra —MST—.

En la mayoría de los casos, estas iniciativas universitarias sensibles a las problemáticas y movimientos sociales no han sido desarrolladas por los departamentos disciplinares (economía, sociología, historia o antropología), sino por programas “plebeyos” como Trabajo Social, Educación, Comunicación Social y psicología comunitaria, o desde instancias “no académicas” como las áreas de bienestar universitario, extensión y proyección social, cuya labor es casi siempre descalificada por parte de la academia más institucionalizada. Este dato no es anecdótico: confirma que no es en la centralidad de las ciencias sociales institucionalizadas sino en sus fronteras, en donde existe mayor potencial de generación de conocimiento social transformador. En efecto, desde estos “lugares periféricos”, se hacen evidentes las limitaciones de los marcos epistémicos institucionales, lo que posibilita reconocer otras realidades, generalmente también en los bordes de lo social y nuevas perspectivas de pensamiento sobre lo social.

Dicho potencial alternativo presente en la investigación social, —realizada en los intersticios e intersecciones de las disciplinas sociales, en las fronteras entre la ciencia social y otros campos de producción del saber social tales como las artes visuales y la literatura, como las organizaciones sociales y la acción colectiva—, amerita ser analizado a profundidad. En consecuencia, en lo que resta de este artículo intentaré hacer

una primera caracterización de dichas prácticas investigativas, para luego hacer un balance de su potencialidad de construcción de realidad social y pensamiento crítico.

La investigación desde el margen

Esta investigación social no canónica generada en los bordes de las ciencias sociales la he denominado “investigación desde el margen” o liminal (Torres, 2004), pero también puede vincularse con otras denominaciones afines que quieren dar cuenta de su emergencia y potencia, tales como “epistemología fronteriza” (Mignolo), “pensamiento de umbral” (Zemelman) y “nomadismo intelectual”, (Maffesoli). Investigar desde el margen, se ha entendido como un posicionamiento y una práctica de producción de conocimiento social, llevada a cabo por sujetos (individuales, colectivos) que proviniendo de las ciencias sociales o no, transgreden la racionalidad disciplinar dominante.

En este sentido, lo marginal no es estar por fuera, sino en el umbral, en las fronteras; entre el adentro y el afuera, entre lo instituido y lo instituyente; entre lo conocido y lo inédito; entre lo determinado y lo indeterminado. Así, lo marginal abre nuevas posibilidades para pensar, para imaginar, para construir nueva realidad. Por otro lado, lo marginal, lo liminal, asumido no tanto como postura epistémica sino como posicionamiento ético y político, permite ver, decir y hacer lo que no es visible, nombrable o factible desde el centro de las instituciones del conocimiento y del poder. Así como los “marginales”, ponen en evidencia los límites y las arbitrariedades del orden social, la investigación liminal hace visible el agotamiento de las disciplinas sociales y de los epístemos institucionales para abordar y encauzar ciertas realidades constituyentes (Torres, 2004: 66).

Antes de cualquier conceptualización sobre la “investigación desde el margen, esbozaré los rasgos característicos de las prácticas investigativas que consideramos bajo tal categoría. Para

ello, abordaré preguntas tales como: ¿por qué surge este tipo de investigaciones? ¿Quiénes son sus impulsores? ¿Para qué se realizan? ¿De qué temáticas se ocupan? Y ¿cuáles prácticas metodológicas llevan a cabo? Es decir, y tomando como referencia la experiencia colombiana, me ocuparé de las condiciones y motivaciones de su emergencia, de sus actores, contenidos, metodologías y usos de los resultados. Con la precaución de no plantear generalidades explicativas de la emergencia de estas prácticas investigativas en América Latina, planteo que han sido múltiples los factores y condiciones que permiten comprenderla.

En primer lugar, la propia singularidad histórica de la región, con respecto a los países centrales que sirvieron como referente empírico de las ciencias sociales clásicas. En efecto, las teorías y metodologías predominantes en las disciplinas sociales, tenían como fuente imaginarios culturales anclados en la cultura moderna “occidental” (orden, progreso, naturaleza humana), y se habían construido a partir de las modernas sociedades industrializadas. Cuando fueron confrontadas con la plural y diversa realidad latinoamericana desde opciones políticas de transformación, se pusieron en evidencia sus limitaciones para dar cuenta de su especificidad y su carácter ideológico y colonial.

El ejemplo de lo primeros sociólogos colombianos que se formaron disciplinariamente en Estados Unidos y Europa es dicente. Tanto Orlando Fals Borda como Camilo Torres habían sido educados dentro de la perspectiva funcionalista y en el uso de técnicas estadísticas de análisis social. Al llegar a la convulsionada Colombia no encontraron una sociedad ordenada en torno a unos valores compartidos y a unas instituciones funcionales, sino un país convulsionado por la violencia, con unas culturas políticas y prácticas sociales difíciles de encajar dentro de las categorías aprendidas. Por otro lado, contrariando el dictamen canónico de separación del científico y el político, estos investigadores pronto asumieron responsabilidades con programas y pro-

puestas de acción social y política¹. A diferencia del grueso de sociólogos posteriores que optaron por no incomodarse frente a las demandas sociales y políticas, subordinando las realidades sociales a las teorías y al método, estos pioneros intentaron acuñar nuevas categorías y generar nuevas estrategias de acercamiento a la vida social y de producción de datos, involucrando activamente a las poblaciones afectadas por los problemas que se investigaban.

Así mismo, otras condiciones históricas, estructurales y emergentes peculiares del continente, han representado un desafío a la investigación social crítica: condiciones de la sociedad tales como ser el patio trasero del imperio estadounidense, haber padecido unos procesos acelerados de urbanización, soportar prácticas y culturas políticas como el caudillismo y el clientelismo, sufrir dictaduras militares durante largos periodos, estar sometida al modelo neoliberal y poseer una composición étnica singular con fuerte presencia indígena y afro. También problemáticas como la migración, la violencia y el desplazamiento forzado, las juventudes y las culturas urbanas han demandado nuevas perspectivas de investigación social.

Un segundo factor, evidenciado en el ejemplo anterior, es que un rasgo de la realidad latinoamericana, desde la década de los sesenta del siglo xx hasta el presente, es la activación de luchas y movimientos sociales que buscan enfrentar las situaciones y condiciones de injusticia, dominación, discriminación y exclusión estructurales en el continente. En efecto, las luchas de sindicalistas, campesinos, pobladores, mujeres, grupos étnicos, pronto demandaron de los intelectuales de las organizaciones políticas y civiles que las apoyaban, su compromiso sobre lo que se esperaba, podían aportar: teorías “científicas”

¹ Orlando Fals y Camilo Torres coincidieron en las Juntas Directivas del Instituto de Reforma Agraria y el Departamento de Acción Comunal; a su vez, cada uno, por iniciativa personal, habían impulsado experiencias asociativas y movimientos de promoción social.

y conocimientos especializados acerca de una realidad sobre la que se pretendería actuar. En muchos casos, este apoyo intelectual se limitó a “aplicar” ortodoxa y dogmáticamente categorías marxistas, muchas veces sin un riguroso trabajo de fuentes o de campo.

Del mismo modo, así como muchos de los intelectuales “comprometidos” hicieron aplicación no crítica de ideologías, teorías y metodologías de las ciencias sociales clásicas reproduciendo la lógica moderna colonial; en otros casos, investigadores individuales o colectivos generaron otras prácticas que cuestionaban y generaban alternativas al modo tradicional de producción de conocimiento. Fue el caso de personajes como Paulo Freire, Orlando Fals Borda y Mario Kaplan, quienes de una manera u otra optaron por caminos propios y desarrollaron investigaciones novedosas, que permitieron comprender de otras maneras, e involucrar otras miradas sobre los problemas de los que se ocuparon.

En tercer lugar, es innegable la recepción imaginativa de perspectivas críticas provenientes de otras latitudes, no siempre del norte, así como la voluntad de algunos intelectuales latinoamericanos de generar pensamiento propio. En efecto, con la institucionalización de las ciencias sociales, también llegaron autores disidentes y teorías críticas. Las diferentes vertientes y debates dentro del marxismo jugaron este papel en algunos ámbitos, aunque muchas veces se asumió dogmática y ortodoxamente. En décadas recientes, la recepción de perspectivas como el feminismo, la perspectiva de género, los estudios culturales, los estudios subalternos y post-coloniales, posibilitó abordajes originales de luchas y dinámicas culturales emergentes.

Por otro lado, en el continente existe una rica tradición de intelectuales, generalmente comprometidos con opciones políticas progresistas que han planteado y asumido la necesidad de un pensamiento propio, que a la vez procuran enraizarse en la peculiaridad de la condición histórica de la región; dialogan críticamente

con otras propuestas; adoptan perspectivas foráneas y crean claves interpretativas propias. Es el caso de Antonio García, Orlando Fals Borda, Florestan Fernández, Agustín Cueva, Hugo Zémelman, Aníbal Quijano, Enrique Dussel, Leonardo Boff y Paulo Freire. Sus trabajos se ubican en lo que algunos autores han llamado “perspectivas de borde”; y otros “razonamientos de umbral”, para referirse a formas de conocimiento social que resultan de búsquedas en espacios diferentes y con modalidades distintas; posibilitando así el ascenso a otras racionalidades culturales. Se trata de perspectivas que, además de dar cuenta de la interrelación de diferentes campos de conocimiento, constituyen en sí mismas nuevas lecturas sobre la realidad (Chanquía, 1995).

Para Emma León (1995: 56) estas formas de razonamiento conducen a dos aspectos considerados cruciales: “Por un lado, encontrar nuevas facetas a los contenidos producidos y acumulados en esferas particulares del conocimiento, lo que implica ubicar tales contenidos más allá de los márgenes decantados por las teorías establecidas; por otro lado, y en relación estrecha con lo anterior, el operar fuera de estos márgenes les permite enfrentarse con la necesidad de abordar nuevas realidades, y construir conocimientos que respondan a ámbitos de sentido diferentes a los ya definidos”.

Finalmente, la emergencia de estas modalidades investigativas también tiene que ver con la existencia de sujetos individuales y colectivos que las agencien ¿quiénes son? Por un lado, intelectuales provenientes de la institucionalidad de las ciencias sociales (universidades y centros de investigación), quienes por sus opciones políticas o temáticas mantienen vínculos orgánicos con realidades extraacadémicas. García Canclini plantea al respecto que “*parece que la mayor versatilidad de los estudios Culturales latinoamericanos para atravesar fronteras se debe, tanto al carácter precario de nuestros sistemas universitarios, como al hecho de que los investigadores combinan su pertenencia universitaria con el periodismo, con la*

militancia social o política, o con la participación en organismos públicos, todo lo cual posibilita relaciones más móviles entre los campos del saber y el actuar” (Citado por Richard, 1998: 260).

Asumir opciones políticas, éticas y epistémicas disidentes, alternativas o de transformación social, plantea al trabajo intelectual la necesidad no sólo de enfrentarse a exterioridades prácticas más allá de la academia, sino a cuestionar las propias reglas de juego de la institucionalidad científica. Es lo que plantea Michel Maffesoli (1993: 29) con su metáfora del nomadismo intelectual: “De manera que la empresa que se inicia es libertaria. Hacer escuela es fácil y aburrido; es mucho más fecundo esforzarse por echar una mirada libre, a la vez insolente, ingenua, incluso trivial, en todo caso desagradable, pero que abre brechas y permite fuertes intercambios que los mercaderes y burócratas ni siquiera imaginan. Así pues, insolencia de pensamiento... Al trastornar el orden establecido de las cosas y las personas, el nomadismo se vuelve expresión de un sueño inmemorial que el embrutecimiento de lo instituido, el cinismo económico, la reificación social o el conformismo intelectual no llegan jamás a ocultar totalmente”.

Además de estos intelectuales nómadas, la real garantía de la pervivencia de la prácticas investigativas de borde es la existencia de sujetos colectivos para quienes sea necesaria la producción de conocimiento y pensamiento desde y sobre otras realidades emergentes. Me refiero particularmente a organizaciones y movimientos sociales que, desde las exigencias de sus propias luchas y desafíos políticos y sociales requieren caracterizar los contextos y estructuras sociales a las que se enfrentan; así mismo, la especificidad de los actores y acciones emprendidas; así como las subjetividades y racionalidades que producen.

Estos actores sociales, asumen el rol del intelectual orgánico colectivo, el cual busca producir conocimiento, no para profundizar en las teorías o lógicas disciplinares sino para transformar realidades. Es decir, las finalidades que

orientan este tipo de investigaciones son políticas y éticas, más que intelectuales. Asumir una perspectiva de construcción de realidades (Zémelman), coloca a los investigadores de borde en una posición diferente a la del investigador atrapado en la racionalidad disciplinar y en las lógicas institucionales de la academia predominante: comprender realidades desafiantes para transformarlas, a la vez que se transforman los propios sujetos de la investigación.

El punto de partida para una investigación temática, así como para una investigación participativa, y una recuperación de memoria colectiva o una sistematización de experiencias, es el tener claridad acerca de las preguntas políticas sobre el *por qué, para qué y para quiénes* va a tener sentido la investigación a realizar. Esta pregunta, por la pertinencia social, está muchas veces ausente en los proyectos convencionales. Así mismo, son estas preocupaciones compartidas frente al contexto, las que llevan a definir — también dialógicamente— las preguntas y problemáticas de investigación, las categorías orientadoras y la perspectiva interpretativa; además las opciones y estrategias metodológicas, y no los parámetros de una disciplina o teoría predeterminadas.

Este ensanchamiento de los sujetos y modos de investigar, nos lleva a hablar de “prácticas investigativas”, retomando la categoría de “prácticas intelectuales” propuesta por Daniel Mato (2005) para poner en sospecha la imagen del intelectual como el académico. Hay prácticas intelectuales no sólo en el mundo académico, sino también en los movimientos y en las organizaciones sociales y civiles (ONG). Las prácticas literarias y filosóficas en América Latina fueron y aún lo son, lugares donde se gestó pensamiento “al margen de las disciplinas” (Mignolo, 1998: 53).

Otro rasgo de la investigación de borde son sus problemáticas de investigación. Al respecto, es interesante constatar que se ha venido dando un tránsito en el orden de las preocupaciones que va de asuntos marcadamente “estructurales” y macro sociales, hacia temáticas emergentes

de dimensiones, realidades constituyentes de escalas sociales muchas veces moleculares, más no menos importantes. Así, del énfasis en la dependencia, la dominación imperialista, la dominación ideológica y la particularidad de la estructura de clases que marcó el pensamiento crítico de izquierdas entre los sesenta y comienzos de los ochenta del siglo pasado, se fue pasando a la pregunta por los nuevos actores y movimientos sociales, las subjetividades, los nuevos vínculos y las sociabilidades, así como la memoria, lo cotidiano y la experiencia presente.

En este tránsito de los ámbitos de interés, están presentes las transformaciones de los contextos globales, nacionales y locales, de las relaciones y movimientos sociales, como también las permanencias y cambios en los imaginarios y paradigmas que configuran la racionalidad de las ciencias sociales latinoamericanas. Vale la pena destacar que una constante ha sido la atención a poblaciones, vínculos y prácticas sociales a su vez “marginales”: pobladores urbanos, mujeres, jóvenes y “habitantes de la calle”, así como a sus anónimos modos de hacer y formas de estar juntos, habitualmente invisibles para la racionalidad académica.

De este modo, desde lo cotidiano, lo efervescente, lo subterráneo, lo “otro”, se pueden reconocer los intersticios y las fisuras de las estructuras sociales, tal como lo vislumbró un sociólogo “menor” de la Escuela de Chicago, al referirse al estudio del mundo de las pandillas: “Probablemente el concepto más importante del estudio es el término “intersticial”; es decir, que pertenece a espacios situados entre una cosa y otra. En la naturaleza, las materias extrañas tienden a reunirse y apelmazarse en todas las grietas, hendiduras y resquebrajaduras: los intersticios. También hay fisuras y fallas en la estructura de la organización social. La pandilla se puede considerar como un elemento intersticial en el marco de la sociedad, y el territorio pandilleresco como una región intersticial en el trazado de la ciudad” (Thrasher, 1963, citado por Ulf Hanerz, 1993: 49).

Estas problemáticas emergentes, junto con los actores marginales privilegiados por la investigación de borde, marcan el interés por situaciones liminales, emergentes. El propio Freire acuñó en “*La pedagogía del oprimido*” la categoría de “situación límite” dentro de su propuesta de investigación temática. Las “situaciones límite” son entendidas como problemas que evidencian los límites del orden social y el potencial humano para superarlas; representan un desafío al pensamiento, al permitir reconocer las determinaciones sociales de su actuar y la capacidad de los hombres para generar otras circunstancias (el *inédito viable*) para superarlas (Freire, 1970).

También resulta importante destacar que este tipo de investigación marginal, promovida por investigadores transeúntes, desde perspectivas de umbral y referida a problemáticas, fenómenos y poblaciones subalternas o emergentes, también asume modos singulares de entender la propia práctica investigativa; en particular, los usos críticos y creativos de la teoría, de las tradiciones metodológicas, de las estrategias y de las técnicas de investigación.

Así como en lo social, los momentos y situaciones liminales evidencian los límites del sistema y posibilitan lo nuevo, instituyendo nuevos vínculos sociales, las prácticas de conocimiento social hechas desde el borde permiten miradas y abordajes inéditos que desbordan los límites de la ciencia social instituida. Como señalaba antes, el hecho de no estar de antemano subordinadas a la racionalidad disciplinar, permite una mayor flexibilidad y creatividad en la manera de relacionarse con el conocimiento acumulado sobre lo social (categorías, conceptos, lenguajes), e incorporar otras miradas y voces a la hora de abordar e interpretar sus problemáticas.

De este modo, las prácticas investigativas marginales buscan relacionarse con lo teórico, no desde una lógica deductiva o demostrativa, sino como “caja de herramientas”. Se acude a enfoques y conceptos provenientes de diferentes disciplinas, los cuales no son asumidos “en

bloque” sino que son deconstruídos, desarticulándolos y rearticulándolos o resignificándolos, en función de la especificidad de los problemas de investigación. En algunos casos, se va más allá y se proponen categorías, metáforas y lenguajes nuevos que amplían los sentidos de comprensión de las realidades estudiadas. De nuevo, Fals Borda nos sirve de ejemplo, pues acuñó expresiones como “hombre hicotea”, anfibios culturales y prácticas “sentipensantes”.

Pese a la escasa reflexión epistemológica sobre sus prácticas, la investigación de borde ha demostrado una gran imaginación creadora en lo referente a las estrategias y operaciones metodológicas. Ha tenido como un rasgo central rescatar el lugar central del sujeto y la subjetividad en la investigación social; tanto de los sujetos de conocimiento, generalmente minimizados o invisibilizados por la investigación social clásica, como también de la densidad de los sujetos y subjetividades sociales presentes en las problemáticas de investigación social.

En cuanto al ensanchamiento de los sujetos de investigación, como ya se dijo, el rol de investigador se extiende a otros actores “no especialistas”, a la vez que transforma su carácter. Por un lado, profesionales provenientes de diferentes campos se involucran como investigadores, al igual que actores sociales provenientes de organizaciones y movimientos sociales. Por otro, sea o no asumida como “participativas”, hay una preocupación de relacionarse con la población involucrada en las problemáticas de estudio, reconociendo y potenciando su calidad de sujeto. Esta con-fusión entre investigadores e investigados desplaza el principio de objetividad, por el postulado de reflexividad, que plantea que el objeto es definido en su relación con el sujeto (Ibáñez, 1998: 13).

Involucrar no especialistas y población de base como investigadores plantea la necesidad de problematizar la participación en la construcción colectiva de conocimiento. No se trata de “hablar por los que no tienen voz” o representar

a los subalternos desde nuestra voluntad transformadora. Tampoco de desconocer las relaciones de poder que siempre están presentes en cualquier experiencia colectiva. Exige estar atentos a reconocer y valorar cómo se está dando tal construcción colectiva en cada uno de los momentos y en cada una de las decisiones del proceso investigativo (Cendales y Torres, 2007). En consecuencia, el diálogo entre los participantes se convierte en una exigencia que no solo garantiza la confluencia de diferentes saberes, sino la garantía de transformación de relaciones de poder predominantes en la investigación convencional; la polifonía de voces se convierte también en polifonía de voluntades y de posibilidades de acción.

Los enfoques y estrategias metodológicas más frecuentes son las llamadas cualitativas², dialógicas, interactivas y participativas. Los estudios de caso, la etnografía basada en la observación participante, las historias de vida, el análisis colectivo de escenarios y acontecimientos, los talleres pedagógicos, los grupos de discusión y las técnicas de activación de la memoria colectiva, son estrategias y recursos metodológicos empleados. En muchos casos, las investigaciones trazan sus propias rutas y recrean o inventan técnicas cuyo rasgo común es posibilitar la expresión, a través de sus diferentes lenguajes, por parte de los actores. Esta ampliación de lenguajes también trae consigo una apertura de posibilidades de interpretar y comunicar los sentidos que constituyen la realidad histórica, en particular de los marginales, de los subalternos.

Un rasgo común es que al reivindicar la dimensión subjetiva de la vida social y al pretender reconocer los sentidos constituyentes y emer-

² Bajo esa denominación se cobijan diversas perspectivas, enfoques metodológicos, estrategias y técnicas que tendrían en común valorar la dimensión subjetiva de la vida social y por tanto, buscan dar cuenta de los sentidos y experiencias de los sujetos en sus contextos cotidianos retomando su propio punto de vista (Denzin y Lincoln, 1994). Tomo distancia con la identificación de lo cualitativo con la ausencia de técnicas o informaciones cuantitativas.

gentes en la experiencia social, la investigación de borde se abre a lenguajes narrativos, que se liberan de la rigidez y frialdad del lenguaje académico. La literatura, el cine, el video, la multimedia, el teatro y la plástica son empleadas como estrategia en la construcción y comunicación de conocimiento. Lo narrativo es una posibilidad de liberar la experiencia única e irrepetible; es la posibilidad de los sujetos de construir su realidad y de configurar identidades.

Pistas para potenciar la investigación de borde

La riqueza y versatilidad descritas de las prácticas investigativas de borde, requiere no obstante, una mayor conceptualización y elaboración epistemológica. En esta última parte del artículo, pongo al debate algunos planteamientos provenientes de otros campos intelectuales e investigativos que pueden contribuir a potenciarlas.

En primer lugar, la perspectiva liminal, también encuentra una potencial fuente de elaboración desde los aportes del antropólogo Victor Turner (1988) quien al estudiar los ritos de paso identificó tres fases: una preliminar que corresponde al estatus que el neófito va abandonar; una etapa intermedia, donde se produce la metamorfosis del iniciado, llamada liminal o de margen; y un último movimiento en el que el pasajero se acomoda a un nuevo lugar en la organización social.

La fase y el personaje liminales, implican una situación extraña, indeterminada. Victor Turner llama a esa situación como interestructural. El transeúnte ritual, no tiene nada, ni estatuto ni propiedad, ni signos ni rango, que lo distinguen de quienes comparten su situación. Actualmente, esta condición de transeúntes, de monstruos del umbral, la desempeñan personajes como los inmigrantes, los adolescentes, los enamorados, los artistas y los *outsider* en general (Delgado, 1999: 111). La ambigüedad estructural del adolescente, del inmigrante, del enamorado, del artista o del *outsider*; su anonada miento; resultan idónea para resumir todo lo que la sociedad pueda

percibir como ajeno, pero instalado en su propio interior; están, a la vez, adentro y afuera, no son de aquí, ni son de allá.

Para Turner (1988), lo liminal pone en evidencia la existencia de dos modos de interacción humana. Uno es el estructural, ordenado, diferenciado, jerarquizado, etc. El otro, representa un punto neutro de lo social; es comunidad esencial, sin estructurar; naciente. Al primer modelo, lo llama “estructura”, al segundo, “*communitas*”; ambos están presentes permanentemente. Lo *communitas* surge allí donde no hay estructura social; es decir, donde lo que hay es ausencia, carencia o, cuando menos, grave debilidad de lo orgánico social.

La tensión *communitas-estructura* de Turner se parece mucho a lo sugerido por Guattari y Deleuze (1982) con las categorías de *arborescencia* y *rizoma*, a la diada *institución* y *estado naciente*, propuesta por Alberoni (Reguillo, 1996: 29) y a la dupla *subjetividad instituida* y *subjetividad emergente*, planteada por Hugo Zémelman (1997, 1998). En todos los casos se destaca el reconocimiento de lo subterráneo, del vínculo anónimo no controlado por el poder, la fuerza transformadora de lo invisible y el acontecimiento en la creación de novedades sociales.

Como lo señalé en una ocasión anterior) estos lugares liminales, estas periferias sociales constituyen una potencia transformadora del orden hacia modos de ser y de relacionarse, inéditos y utópicos. Quizás sea en estos intersticios, en esas fronteras y bordes de las disciplinas, y de la vida social, donde se estén generando los saberes, los pensamientos y las alternativas más significativas para transformar no sólo el sistema dominante de conocimiento social, sino las relaciones y orientaciones mismas de la sociedad (Torres, 2005).

En segundo lugar, pese a este esfuerzo realizado desde las prácticas investigativas liminales por relacionarse crítica y creativamente con los

corpus conceptuales existentes, hace falta más audacia en la construcción de alternativas interpretativas críticas y en la reflexión epistemológica que de cuenta de las nuevas búsquedas. Este vacío puede llenarse en la medida en que se conozcan y discutan planteamientos que se hacen en esta dirección por pensadores como Hugo Zémelman, Gloria Andaluza y las llamadas teorías decoloniales (Mignolo, Walsh, Castro, Lander y Grosfoguel).

Frente a la racionalidad parametral propia de la investigación disciplinar, Zémelman propone asumir un pensamiento categorial (1987), que en lugar de aplicar teorías existentes a unos objetos definidos dentro de los límites de aquellas, posibilite reconstruir la racionalidad con que fueron construidas, y permita una apertura de pensamiento a la especificidad de las problemáticas que se estudian; especialmente a las realidades y subjetividades constituyentes (Zémelman, 1998). Para el autor, las teorías son realidad condensada, recortada en un momento dado; son “puntas de iceberg” que permiten reconocer las cristalizaciones del magma social, ocultando su movimiento y densidad (Zémelman, 2002).

“Andaluzia muestra la necesidad de una epistemología fronteriza, postaccidental, que permita pensar y construir pensamiento a partir de los intersticios y que pueda aceptar que los inmigrantes, los refugiados, los homosexuales etcétera, son categorías fuera de la ley desde una epistemología monotípica que normaliza ciertos espacios como espacios de contención y marginación” (Mignolo, 1998: 55). Para aquella autora, “el latinoamericanismo debe entenderse como una estrategia reconstructiva de carácter fundamentalmente política: una actividad contradisciplinaria y antirrepresentacional que busca liberar las diferencias” (Castro, 1998: 185).

Finalmente, resultan sugerentes los planteamientos que viene haciendo un grupo de intelectuales latinoamericanos desde hace unos años a partir de la crítica de las herencias culturales coloniales de larga duración enquistadas

en la modernidad. En el ámbito investigativo, la colonialidad se expresa como dependencia epistémica frente a los modelos de pensamiento generados por la modernidad occidental. Dicha “colonialidad del saber” es desafiada por los conocimientos “otros”, presentes en otras racionalidades y en las prácticas de resistencia de las luchas y movimientos sociales y culturales (Ver revista *Nómadas*, 2007).

Cierre – apertura

Con el panorama presentado, se ha evidenciado —por una parte— que los estudios sociales representan una apertura epistemológica, organizacional y política frente a la perspectiva exclusivamente disciplinar. Por otra, que junto a la investigación rutinaria y “de frontera” está generándose una investigación “de borde”; la cual desde las fronteras de las ciencias sociales y las instituciones académicas modernas, y desde otras prácticas sociales, constituye una apertura crítica a las inercias y a los reduccionismos de los modos predominantes de producción de conocimiento. A lo largo del texto, hemos insistido en su potencialidad emancipadora, su capacidad de trasgredir límites, de vislumbrar nuevos horizontes y perspectivas.

Sin embargo, el campo de la investigación social, como todo campo es arena de conflicto en el que las posiciones están en permanente tensión y movimiento; así como las prácticas investigativas de borde han sabido retomar algunos de los lenguajes y conceptos de las prácticas académicas hegemónicas, también ésta puede, y de hecho lo hace, incorporar algunos de sus rasgos, despojándolos de cualquier potencial transformador.

En este sentido, ninguno de los rasgos descritos garantiza a perpetuidad su potencial crítico, emancipador o alternativo. En efecto, algunas de las propuestas descritas son atraídas permanentemente por la fuerza del imán de la institucionalidad académica. En efecto, así como “los conocimientos expertos, que en manos de la elite sirvieron para consolidar los poderes

hegemónicos, funcionaron también como recursos reflexivos con efectos negativos para sus intereses: crearon espacios de trasgresión que fueron aprovechados por los subalternos” (Castro 1998: 195), también la ciencia institucionalizada está presta a retomar técnicas, estrategias y prácticas investigativas “otras” para subsumirlas en la lógica científica dominante.

Un ejemplo reciente es la rápida institucionalización y absorción desde el poder hegemónico de perspectivas que en su momento funcional fueron “alternativas”. Es el caso de los estudios culturales, que al continente no llegaron por la vía “roja” de los “padres fundadores” de la Escuela de Birmingham, muy comprometidos políticamente con su presente, sino por la vía “blanca” de los estudios literarios norteamericanos, acogidos por intelectuales y espacios académicos de élite, con escasos o nulos vínculos con procesos de lucha política o social. Por ello, en algunos países, se han asumido como moda intelectual, que pronto desembocó en el mercado de ofertas de programas de postgrado y eventos académicos.

En este sentido, no sobra insistir que lo que le da el carácter de potencialidad a las prácticas investigativas de borde no son sus actores, lugar institucional, perspectivas conceptuales o estrategias metodológicas, sino su intencionalidad y sentido político; su posicionamiento crítico frente al orden instituido de poder y saber, y su capacidad de desplegar energías transformadoras. Estamos pensando en lo que Castoriadis (1997) llama “imaginario radical”, y Zemelman, “subjetividad constituyente” (1998 y 2002): exigencia de historicidad, voluntad de superación de lo dado y apertura a lo inédito viable (Freire), a las utopías (De Sousa Santos).

Bibliografía

- Castoriadis, C. (1997). *Ontología de la creación. Ensayo y error*. Bogotá. Castro, Santiago y Mendieta, E. (coordinadores) (1998). *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México D.F.: USE –Miguel Ángel Porrúa.
- Cendales, L. y Torres, A. (2007). “La sistematización como práctica formativa e investigativa”. En: *Pedagogía y saberes* # 26. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Cubides, H. et al. (2007) *¿Uno solo o varios mundos? Diferencia, subjetividad y conocimientos en las ciencias sociales contemporáneas*. Bogotá: IESCO, Universidad Central.
- Delgado, M. (1999). *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- Denzin, N. y Lincoln, Y. (1994). *Handbook of qualitative reseca*. Thousand Oaks, California: Sage Publications.
- Dogan, M. y Pahre, R. (1993). *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*. México D.F.: Grijalbo.
- Gibbons et al. (1997). *La nueva producción de conocimiento. La dinámica de la ciencia y la investigación en las sociedades contemporáneas*. Barcelona.:
- Grassi, V. (2007). “La investigación en el Centro de estudios sobre lo actual y lo cotidiano”. En: *Convergencia. Revista de Ciencia Sociales* # 44. Toluca: UAEM.
- Ibáñez, J. (1998). *Nuevos avances en investigación social*. Barcelona: Proyecto ediciones.
- Jiménez, A. y Torres, A. (2004). *La práctica investigativa en ciencias sociales*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Maffesoli, M. (1993). *El conocimiento ordinario*. México D.F.: FCE Sociología.
- Maffesoli, M. (2005). *El nomadismo*. México D. F.: Breviarios FCE.
- Hannerz, U. (1993). *Exploración de la ciudad*. Madrid: FCE.
- Mato, D. (2005). “Estudios y otras prácticas intelectuales en cultura y poder”. En: Mato, Daniel (compilador). *Cultura, política y sociedad*. Buenos Aires: FLACSO.
- Reguillo, R. (1996). *La construcción simbólica de la ciudad*. Guadalajara: Iteso.
- Maffesoli, M. (2007) *Una sociología de lo actual y de lo concreto. La emergencia de nuevos fenómenos de tribalismo*. En: *revista Anthropos* # 215. Barcelona.

- Sánchez, I. y Sosa, R. (coordinadoras) (2004). *América Latina: los desafíos del pensamiento crítico*. México D.F.: UNAM – Siglo XXI.
- Torres, A. (2006). “Por una investigación desde el margen”. En: Jiménez, Absalón y Torres, Alfonso (compiladores). *La práctica investigativa en ciencias sociales*. Bogotá: UPN.
- Torres, A. (2008). “Investigar en las márgenes de las ciencias sociales”. En: *Folios*. Revista de la facultad de Humanidades. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Turner, V. (1988). *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Madrid: Taurus.
- Wallerstein, I. (coordinador) (1996). *Abrir las ciencias sociales*. México D.F.: Siglo XXI – UNAM.
- Wallerstein, I. (1998). *Impensar las ciencias sociales*. México D.F.: Siglo XXI – UNAM.
- Wallerstein, I. (2001). *Conocer el mundo, saber el mundo. Una ciencia social para el siglo XXI*. México D.F.: Siglo XXI – UNAM.
- Zémelman, H. (1987). *Uso crítico de la teoría*. El Colegio de México. México D.F.
- Zémelman, H. (1992). *Los horizontes de la razón. Dialéctica y apropiación del presente* (2 vols.). Barcelona: Anthropos y El Colegio de México.
- Zémelman, H. (1994). *Racionalidad y ciencias sociales*. En: *Suplementos # 45*, Barcelona: Anthropos.
- Zémelman, H. (1998). *Sujeto: existencia y potencia*. Barcelona: Anthropos.
- Zémelman, H. (2002). *Necesidad de conciencia. Un modo de construir conocimiento*. Barcelona: Anthropos.
- Zémelman, H. y León, E. (1997). *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Barcelona: Anthropos.